



Immisit Dominus pestilentiam in Israel de mane usque tempus constitutum et mortui sunt ex populo, a Dan usque Bersabee, septuaginta millia virorum.

Envío el Señor la peste sobre Israel, desde la mañana hasta el tiempo establecido, y murieron del pueblo, desde Dan hasta Bersabee, setenta mil hombres.

II REG. XXIV, 15.

INFAUSTAS son las nuevas que nos llegan de la tierra de nuestros padres. No parece sino que en los periódicos y los telegramas que de España nos envían se han propuesto copiar textualmente las palabras de la Escritura que acabo de citar, sin exceptuar aun la enormísima cifra de víctimas que la peste ha postrado en brevísimo tiempo. De un confín á otro confín de la península Ibérica, *a Dan usque Bersabee*, desde Gibraltar hasta los Pirineos, desde Granada

hasta Zaragoza, desde Algeciras hasta el mar de Cantabria, el Ángel de la muerte se está paseando con rápido vuelo, dejando libre uno que otro afortunado pueblo, pero sembrando la desolación y el espanto dondequiera que bate sus alas vengadoras. Jamás se había oído tanta desproporción entre los atacados de la peste y los que sucumben: ni en la primera mitad del siglo presente, cuando la epidemia Asiática era desconocida en Europa, y la ciencia se confesaba impotente; ni en la Edad Media, cuando la peste negra se burlaba de la medicina, que si hemos de creer á este siglo presuntuoso, entonces se hallaba en la infancia; ni el año próximo pasado, cuando la desdichada Nápoles veía morir cada día hasta *mil* de sus habitantes. Se está verificando al pie de la letra en España, lo que del día del juicio predijo Jesucristo. (LUC. XVII, 34). De cada dos que yacen en el lecho del dolor, uno apenas se salva, el otro en breves instantes se convierte en yerto cadáver: *in illa nocte erunt duo in lecto uno, unus assumetur et alter relinquetur*. Caen como espigas los operarios en las fábricas, los agricultores en los campos, los marineros en los barcos, los empleados en su oficina, las mujeres en sus faenas, los niños en la escuela, los estudiantes en las aulas; y de cada dos que se ven invadidos, uno solo, uno apenas recobra la salud. *Duæ erunt molentes in unum; una assumetur et altera relinquetur: duo in agro; unus assumetur et alter relinquetur*.

¡Y allí tenéis muchos de vosotros á vuestros padres, á vuestros hermanos, á vuestros hijos....! ¡Y allí tenemos todos deudos y allegados, y amigos y colegas! ¡Y allí la América latina, mal que pese á una bastarda política, tiene mancomunados sus intereses y sus destinos! ¡Y

cada cadáver que se hunde en aquella histórica tierra, es un creyente menos, es un pecho menos que oponer á los bárbaros del Norte, que en uno y otro continente tienden á aniquilar nuestra raza; es una barrera menos contra el protestantismo alemán y el protestantismo norte-americano.

¡Ah! Con razón, aunque tan lejos, han herido vuestros corazones los ayes de los moribundos en la Madre Patria. Con razón habéis vuelto los ojos al cielo y habéis organizado estas públicas preces por nuestros hermanos de Europa. Yo os felicito porque en vez de imaginar tan sólo una colecta de dinero (como se acostumbra hoy día) habéis pensado en recurrir al Dios Omnipotente, de quien sólo puede venir el remedio de tantos males: *adjutorium nostrum in nomine Domini*. Tarde llegaría el socorro de plata, y tal vez mermado y mal distribuido. Pero el trono del Todopoderoso está igualmente cerca de la Nueva y de la Vieja España; en un instante le pueden llegar nuestras súplicas, y en un instante también puede mandar, si le place, al Ángel exterminador, como en Jerusalén en tiempo de David, como en Roma en tiempo de San Gregorio, que envaine el terrífico acero aun antes del día prefijado.

Creo no interpretar torcidamente vuestras intenciones, si me figuro que no tienden á ello sólo vuestras plegarias. Queréis ¿no es verdad? ablandar el corazón del Padre de las misericordias, para que el espíritu vengador no esgrima esa espada contra nosotros. Mi discurso, por tanto, os indicará el modo de hacer fructíferas vuestras oraciones; os exhortaré á poner toda vuestra esperanza en Dios y de ninguna manera en los hombres, impo-

tentes ahora, lo mismo que en los siglos pasados, contra el terrible mensajero del cielo que llamamos peste. No extrañéis que, tratándose de un asunto tan palpitante, cite más bien que á Santos Padres, á historiadores profanos y periódicos del día; y que traiga á colación reminiscencias quizá demasiado personales, pero que me parecen á propósito para conmover vuestros corazones.

Quiera la Virgen, cuyo dulcísimo nombre es óleo derramado, *oleum effusum nomen tuum*, según la expresión del Cantar de los Cantares, ayudarnos á desarmar la diestra de su Hijo Divino. Saludadla con el Ángel y con la Iglesia hoy que celebramos la fiesta de ese mismo glorioso Nombre, que le impuso el Eterno Padre desde antes de su concepción.

AVE MARÍA.

I

Es indudable, dice San Jerónimo, que la peste es un castigo de nuestros pecados. Sin que lo afirmara tan insigne Padre y Doctor, la conciencia universal lo siente y declara; pero lo que sí parece duro á nuestra humana inteligencia, es creer que tamaña calamidad sea una de las manifestaciones más exquisitas de la misericordia del Señor. Y sin embargo, tal es la verdad, y así en diversos lugares nos lo explica el mismo Doctor Máximo de la Iglesia Latina. ¡Cuántos seguirían pecando sin cesar día tras día y hora tras hora, sin mirar ni á la ofensa de Dios ni al escándalo del prójimo! Pero viene la peste y pone fin á la cadena de crímenes que parecía interminable. Al verse sumergidos por las aguas del diluvio, muchos lloraron sus culpas y salvaron sus almas al anegarse sus cuerpos. Muchos egipcios que, victoriosos, se habrían ensañado sobre Israel y perseverado hasta la muerte en su impenitencia, al ver las aguas del Mar Rojo cerrarse sobre sus cabezas, se humillaron, y movidos de contrición exhalaban el último suspiro. El fuego de la Pentápolis hizo volver sobre sus pasos á no pocos de aquellos obstinados pecadores, que sin tal castigo habrían perecido entre las flores de sus infandos placeres.

Aunque difíciles, se comprenden estas verdades; y el enemigo de las almas, que mejor que nosotros las sabe

y las penetra, se esfuerza por hacer infructuosa la misericordia del Señor manifestada por medio de la peste. Unas veces nos infunde temeraria confianza; otras nos hace creer que la fuga oportuna nos salvará. En los tiempos actuales nos ha inspirado una adoración idolátrica por la ciencia moderna, persuadiéndonos que nuestros antepasados fueron unos ignorantes, y que la medicina de hoy día sabe triunfar aun de la muerte. Se sirve, como de mensajeros suyos propios, de aquellos encargados de velar sobre nuestro bienestar material, y les sugiere medidas que parece que tienden al bien de los cuerpos, y que en último resultado dañan al cuerpo y al alma. Otras veces, llegado el caso, les inspira tal cobardía que abandonan á sus subordinados; otras les infunde aparente valor para que los afligidos súbditos confíen en el hombre más bien que en el auxilio divino. Pero ¡ay! nunca más que en los tiempos de contagio se verifica al pie de la letra el anatema de la Escritura: maldito el hombre que en el hombre confía: *maledictus homo qui confidit in homine*.

Como nada hay nuevo bajo del sol (según dice el Eclesiástico) y á pesar del decantado progreso, el corazón humano es ahora lo mismo que hace trescientos y mil años, permitidme que con ejemplos de una que otra de las pestes más célebres que han desolado al mundo, os excite á poner toda vuestra confianza en el Señor; y os pruebe que de los hombres, como hombres, nada tenéis que aguardar para vosotros mismos si llegare el caso (que Dios aleje) de veros invadidos, ni para vuestros hermanos de España por quienes venís á rogar. Imposible sería enumerar todas las plagas que han afli-

gido al género humano: básteos saber que sólo en Marsella, desde Julio César hasta el año actual, han hecho estragos veintidós pestes (y temo no llegar al número exacto). Obligado á escoger entre todas tres ó cuatro á lo sumo, me fijaré en aquellas cuyos horrores se mitigan con el brillo de alguna de esas heroicas figuras que solo el catolicismo produce.

Era el año de 1576. Gobernaba á Milán, como arzobispo, el insigne San Carlos Borromeo; y en lo civil, á nombre de Felipe II, rey de España, el Marqués de Ayamonte. El jubileo, celebrado el año anterior en Roma, se había extendido al resto del mundo y se aprestaban á venir á la Capital de la arquidiócesi milanese, multitud de fieles reunidos en piadosas romerías. Á pesar de ser aquella una edad de fe y de religión, no quiso el gobernador civil (lo mismo que los prefectos de Marsella y Tolón en nuestros días) permitir semejantes reuniones: temía que la peste, que ya había estallado en algunas ciudades circunvecinas, entrase á la Metrópoli en las cruces de las procesiones ó en los báculos de los romeros. Pero aunque el contagio se hallaba ya á las puertas de Milán, en el mes de Agosto, no temió que se introdujera en los equipajes de Don Juan de Austria, que después de haber vencido en Lepanto, pasaba á pacificar á Flandes, y ordenó grandes fiestas en honor del hermano de su rey; fiestas que aglomeraron tropas y curiosos, nobles y campesinos, de lugares infectados al par que de pueblos aún inmunes. Los que habían temido las reuniones en las Iglesias, no temieron las de los teatros; los que juzgaron perniciosas las peregrinaciones, declararon inocentes las orgías; los que impidieron las

públicas preces, estimularon los públicos escándalos; los que alejaron de la confesión y la Sagrada Mesa, condujeron á tabernas y lupanares.

¡Así fué el castigo que Dios, irritado por una parte y no ablandado por otra con preces y súplicas, mandó á la delincuente ciudad! No sólo al turco llevó el héroe de Lepanto desolación y muerte, sino también á los desdichados milaneses. El mismo día de su triunfal entrada se declaró la peste en la ciudad, que tuvo él que abandonar sin tardanza, desdeñando los banquetes y torneos, los saraos y teátricas representaciones que en su honor se habían aparejado.

Lejos de mí el increparlo por su partida y llamar fuga la continuación de su viaje, como han hecho algunos escritores envidiosos de su gloria y de la de España. ¡Cobarde el lidiador de las Alpujarras! ¡Cobarde el caudillo que en la proa de su almiranta embestía á Aalí-Bajá y humillaba para siempre al musulmán! Pero si su propio deber era partir cuanto antes de la ciudad, infestada ó no, y reservar su espada para los rebeldes flamencos; el deber de la multitud de nobles y altos funcionarios que en su seguimiento salieron huyendo de la peste, era permanecer en medio de sus conciudadanos, aliviando sus miserias y socorriendo sus necesidades. Muy lejos de eso, hasta el gobernador huyó, y fué menester una excitativa del santo Arzobispo, no para que volviera (eso jamás lo hubiera conseguido), sino para que expidiera órdenes severas á los personajes principales á fin de que regresaran ó permanecieran en la ciudad: órdenes infructuosas sin el ejemplo de quien las daba.

He aquí, ¡oh pueblo de Milán! lo que puedes esperar de los que estorbaban tus plegarias y te excitaban á la prostitución y al desorden. Todos te abandonan á tu suerte; todos huyen, y el Señor también te desampara, porque no en Él sino en los hombres, has puesto la esperanza: *maledictus homo qui confidit in homine.*

¡Ah, no; no todos te abandonan! El ángel del Señor, encarnado en tu santo Arzobispo, permanece en tu seno, y te custodia, y te ampara, y te salva. Él, á ruego de los decuriones de la ciudad, se encarga de su gobierno espiritual y temporal durante el contagio; él á todos se prodiga; él no ahorra su hacienda ni custodia su vida; él ordena y ejecuta, es cabeza y manos á la par, se hace todo para todos como buen Pastor, y durante el año y medio que dura la peste, salva infinidad de almas y salva también muchísimas vidas.

Pero una vez pasado el primer pánico, vuelven aquellas autoridades civiles á ingerirse de una manera indebida; y so pretexto de dictar medidas salvadoras, impiden el bien espiritual del pueblo que cobardemente abandonaron, y hasta prolongan con su imprudencia la duración de la plaga. Se había establecido una cuarentena, útil al principio, perniciosa cuando ya el contagio había perdido su fuerza. Confinaba á sus casas á todos los habitantes, y sólo los públicos funcionarios circulaban por las calles llevando lo necesario para las familias y sacando á los enfermos para el hospital, los muertos para el campo santo. ¡Imaginaos un encierro de largos meses! ¡Imaginaos el abandono de las últimas semanas en que el cansancio se había apoderado de los pocos que libremente circulaban! Vicios sin cuento engendró

esta ociosidad, y los vicios prolongaron la peste: las privaciones y el desánimo hicieron más daño que la misma plaga. Todo esto escribió San Carlos repetidas veces al obcecado gobernador, pero en vano. Se empeñaba en no creer lo que le inculcaba el santo Prelado: que de Dios solo había venido el mal y Dios solo podía curarlo. Al fin convencido derogó los vejatorios edictos; y un solemne voto hecho por la ciudad á San Sebastián después de públicas procesiones, libró á la despoblada Milán del azote que tantos meses la había afligido.

¡Oh progreso moderno! ¿Dónde están tus decantados adelantos? ¿Creeríais, Señores, que los mismos desaciertos se están cometiendo actualmente no sólo en pueblos de ignorantes aldeanos, sino en la misma corte de España? Aunque sabios y numerosos médicos declaran inútiles cuarentenas terrestres y cordones sanitarios; aunque la prensa toda clama contra superfluas y dispendiosas medidas de este género, desdichada la familia en cuya casa hay un solo enfermo. No se permite ya la salida á ninguno de los habitantes de aquella triste mansión, ni para procurarse medicinas, ni para buscar alimentos. ¿Va algún pariente á visitarlo? Aprisionado queda igualmente. ¿Se llama al notario para redactar la última voluntad, á los testigos para poner en ella su firma? ¡Desdichado funcionario, desdichados amigos! Á ellos también comprende la ley que ¡pasmaos de la contradicción! exceptúa á los médicos, cual si ellos no llevarán el contagio, dado caso que de esta manera se comunique.

No atribuyáis á intempestivo prurito de atronar los aires con vanas declamaciones, lo que os vengo refi-

riendo. Nárrolo únicamente para corroborar más y más la ya asentada máxima de que no debéis poner vuestra confianza en los hombres, sino en Dios solo. Si de vuestros hermanos remotos se trata, sabed que con estas vuestras plegarias los auxiliáis más eficazmente que los que cerca se encuentran con sus socorros materiales. Si se trata de vosotros mismos, con tiempo preparaos. En el momento dado, de seguro no hallaréis quien os atienda, quien os cierre los ojos, quien ejecute vuestras últimas voluntades. Si, pues, algo tenéis pendiente con Dios ó con los hombres, arregladlo con anticipación, pues no podéis confiar en auxilios humanos. *Maledictus homo qui confidit in homine.*